

que habia caido del más elevado de los tronos al más profundo de los abismos.

Lenta fué la navegacion: se dió vista á Ouestant el 23 de julio, de manera de divisarse perfectamente las costas de Francia, y el 24 de julio por la mañana se recaló en la rada de Torbay, para tomar las órdenes del almirante Keith, gefe de los diferentes cruceros del Océano. Estas órdenes no se hicieron aguardar mucho, é invitado fué el *Belerofonte* á ir á echar el ancla en la bahía de Plymouth. Apenas estuvo en aquella rada, se plantaron dos fragatas armadas fuertemente á sus costados, para tenerle bajo la custodia de sus cañones. Se vio á muchos funcionarios públicos ingleses llegar sucesivamente á bordo, recibir comunicaciones del capitán Maitland y transmitirselas á su turno, sin que se transpirase lo más mínimo de tales idas y venidas. A bordo del *Belerofonte*, pasó el almirante Keith para hacer á Napoleon una visita de cumplimento, visita que fué corta, y durante la cual no pronunció una sola palabra referente á las intenciones del gobierno británico. Mientras reinaba este silencio de siniestro augurio alrededor del ilustre prisionero, en todos los rostros que habia costumbre de ver á bordo del *Belerofonte*, y especialmente en el del capitán Maitland, se notaba el embarazo de gentes que tienen que ocultar una mala noticia, ó que retroceden de promesas; aun inspiraba mayores zozobras que, ahelantes por ser respetuosas, no se atrevian ya estas mismas gentes á mostrarse tales. En este momento vino el general Goorgaud á anunciar que no habia podido poner la carta de Napoleon en manos del príncipe regente, y que se ha-

bia visto en la necesidad de entregarla al almirante Keith de resultas. Nuevos indicios eran estos nada tranquilizadores.

Al dirigirse á bordo del *Belerofonte*, no se habia Napoleon forjado ilusiones más que á medias; pero colocado entre el riesgo de caer en manos de los ingleses como prisionero de derecho, y el riesgo de confiarse á su honor de voluntad propia, al fin abrazó este último partido, y sin pesadumbre aguardaba que se le diera á conocer su suerte. Entretanto, por lo que pasaba en la rada de Torbay, dado le era formar idea del efecto que aún hacia sobre el mundo. Si no fuera más que un Erostrato de grandes proporciones, no amando de la gloria más que el ruido que hace entre los hombres, razon tenia para estar satisfecho de sobra. Efectivamente, apenas penetró en lo interior la noticia de su llegada, y de uno á otro punto en Londres, una curiosidad frenética se apoderó de Inglaterra toda, impaciente por ver con sus propios ojos al personaje célebre que de veinte años atras habia dado tanto que decir á la fama. Siempre se habian figurado los ingleses á Napoleon como un odioso monstruo, que por el terror habia dominado á los hombres; pero la curiosidad no es escrupulosa, y detestándole y todo le querian ver absolutamente. Celebrando los periódicos británicos su cautiverio con feroz alegría, á la par criticaban la curiosidad demente, que impelia así á sus compatriotas, y aspiraban á desalentarla con su censura. Pero no conseguian más que estimularla en mayor grado, y cuantos caballos habia en el camino de Londres á Plymouth se hallaban ocupados en transportar á la muchedumbre de curiosos. Miles de botes rodea-

ban de continuo el *Belerofonte*, y se pasaban allí horas y horas, chocando unos con otros, y aun exponiéndose á graves peligros. Efectivamente, de cotidiano habia ahogados, sin que la porfia alojase por eso. Se sabia que Napoleon subia todas las mañanas á respirar el aire al puente del navío que le habia conducido á Inglaterra; y se esperaba este momento, y así que aparecia su persona, todo era silencio en torno suyo y cediendo á un involuntario impulso de respeto, se descubria la muchedumbre, sin lanzar aclamacion alguna hostil ni amistosa. Echando de ver, los ministros ingleses que la compasion por el infortunio y la simpatia hacía la gloria acababan por atenuar el odio, dispusieron apartar á la muchedumbre de visitantes, no permitiéndoles circular en torno del *Belerofonte* sino á una distancia que diera con su curiosidad al traste. Prisa tenian de acabar pronto y resueltos se mostraban á que las cuestiones concernientes á Napoleon no estuvieran indecisas por más largo tiempo.

Tanto asombro experimentaron como el capitán Maitland al ver á Napoleon entregarse por sí en manos de Inglaterra. Enterados de su evasion por las noticias de Paris, del mismo disgusto participaron que las potencias europeas todas respecto de Mr. Fouché, y al gran perturbador creyeron completamente fuera de alcance, y siempre libre de trastornar á Europa á la primera coyuntura. Su alegría igualó á su sorpresa al saber que el emperador caído estaba en la rada de Plymouth y á bordo de uno de los navíos de la marina real inglesa. Lejos de que el acto de confianza de Napoleon les conmoviera de ningún modo, en ciertos espíritus

engendró la idea bárbara de entregarle á Luis XVIII, que ante la historia cargaria con la responsabilidad de librar á la tierra de su persona. Pero tan odiosa resolucion no podia prevalecer en un país, donde públicamente se discuten todos los asuntos de trascendencia. Sin embargo, aun descartada toda resolucion de esta clase, sin salir del derecho estricto surgian graves dificultades relativamente al modo de considerar la situacion del fujitivo ilustrado. Si se le hubiera cogido en el mar y aspirando á la fuga, prisionero fuera de pleno derecho, sin perjuicio de resolver posteriormente la cuestion de si, terminada ya la guerra, se podia tener por lícito detener al que de ella fué causa. Y antes de abordar cuestion semejante, se presentaba otra mucho más delicada, pues consistia en decidir si se debía considerar como prisionero de guerra á un enemigo que se habia entregado de voluntad propia.

Consultados en la ocasion presente los más sabios jurisconsultos de Inglaterra, se hallaron en gravísimo apuro. No obstante, atendiendo al reposo universal siempre amenazado por Napoleon, este apuro no debia ser de duracion larga. Nuestra cualidad de franceses, conservando naturalísima simpatía al antiguo compañero de nuestra gloria, no nos debe inducir á desconocer una verdad evidente, á saber, que Europa trastornada durante veinte años, y recientemente arrancada de nuevo del reposo, y reducida á derramar torrentes de sangre, no podia renunciar á ponerse á cubierto contra las nuevas empresas del genio más osado, empresas que eran de temer siempre. Si fuera un soberano caído de común esfera como Luis XVIII,

los deberes de la hospitalidad hubiesen exigido que en la libre Inglaterra se le dejara elegir un punto, adonde fuese a terminar tranquilamente su carrera. Pero imposible era permitir que se paseara a sus anchas por las calles de Londres, el hombre, que acababa de evadirse de la isla de Elba, y de obligar á los ejércitos de Europa a acudir al palenque de Ligny y de Waterloo. Si los Estados deben respetar la vida ajena, tambien tienen el derecho de defender la propia, y con fundamento recurrieron los ingleses al principio de la legitima defensa, que autoriza á cada cual á proveer á su seguridad cuando se halla visiblemente amenazada. Todas las sociedades encadenan á los seres reputados como peligrosos, y habiendo experimentado sobradisimamente la Europa toda, inclusa Francia, hasta qué punto Napoleon era peligroso para ella, sin duda tenia derecho para privarle de los medios de hacer daño. Despues de lo de 1814 le habia quitado el trono, dejándole la isla de Elba; en 1815, despues de haberse evadido de la isla de Elba, derecho tenia para quitarle la libertad. Negar esta verdad, es cerrar los ojos á la luz. Pero el derecho de la defensa legitima no va más allá del peligro; y donde el peligro cesa, tambien cesa el derecho. Al detener á Napoleon, que así expiaria su actividad terrible, no asistia derecho para atormentarle, ni para acortar su vida, ni para humillarle mucho menos. Respetar su genio era un deber igual al derecho de encadenarle. Así todo lo que no fuera indispensable con el fin de precaver una nueva evasion seria una crueldad gratuita, destinada á pesar eternamente sobre la memoria de los que se hiciesen culpados de ella. Bajo este úl-

timo aspecto las resoluciones británicas no fueron tan sostenibles como bajo el primero, y el triste fin de nuestra narracion va á demostrar que, no respetando la gloria de Napoleon, Inglaterra comprometió la suya propia.

Ante todo se trató del lugar que se designaria para su residencia, y desde luego el Mediterráneo quedó completamente descartado, á causa del ensayo que ya se habia hecho. Absolutamente se necesitaba un mar no tan cercano. El Océano Indico se hallaba demasiado lejos, porque la seguridad general se hallaba interesada en saber noticias frecuentes del terrible cautivo. Por otra parte la isla de Francia, único punto que se podia elegir en el mar de las Indias, se hallaba harto poblada y frecuentada, para que se pensara en transformarla en lugar de aprisionamiento. Con efecto, allí se necesitara tener á Napoleon bajo cerrojos, para que se hallara en segura guarda, y esta era una indignidad de que nadie se quisiera hacer reo ni aun entonces. En medio del mismo Atlántico y en el hemisferio del Sur, á igual distancia de los continentes de Africa y de América, habia una isla volcánica, de difícil acceso, cuya esterilidad siempre habia repelido á los colonos, y cuya soledad era tal que se podia allí detener á un preso, de cualquiera clase, sin necesidad de encerrarle dentro de los muros de una fortaleza. Esta isla era la de Santa Elena, y á causa de las ventajas que ofrecia como lugar de aprisionamiento, ya habia fijado la atencion de los hombres de Estado, que aspiraban á alejar á Napoleon de los mares de Europa. Unánimemente fué designada como el lugar más adecuado para el caso, y la Compañía de las Indias cedióla al Estado por todo

el tiempo que durase el aprisionamiento á que habia de ser destinada. No se reputaba el clima por insalubre: poco más ó menos, era como el de todas las islas intertropicales, y si podia ser peligroso para algun habitante de las zonas templadas, únicamente era para aquel á quien apenas habia sido bastante el viejo mundo para desplegar su actividad prodigiosa. Pero seamos justos, si se tratara de hallar una prision proporcionada á actividad semejante, necesario fuera restituírle el mundo, y ya Napoleon le habia atormentado muy de sobra, para que no se tuviera el derecho de vedarle su acceso por siempre.

Adoptada quedó Santa Elena. Se convino en buscar hácia el centro de la isla y lejos de la parte habitada un sitio bastante espacioso, para que Napoleon se pudiera allí mover á sus anchas, y pasear á pié y hasta á caballo, sin echar de ver que estaba prisionero. Hasta aqui todo se encerraba dentro de los límites de la necesidad; pero no era menester añadir ni inútiles molestias, ni menos humillaciones, que para el cautivo ilustre debian ser tan crueles como el cautiverio mismo. Sin embargo, doblándose á las malas pasiones del tiempo, el gabinete británico declaró que Napoleon, á quien siempre se habia calificado con el título de emperador hasta en la isla de Elba, no seria llamado en lo sucesivo más que el general Bonaparte. Ciertamente este título era glorioso basta lo sumo, y bien se pudieran consolar los mayores potentados de la tierra de no tener otro. Pero negar á Napoleon el título que habia llevado durante quince años, que le habia reconocido el mundo entero, que la misma Inglaterra le habia

dado en 1806 al tratar en París por conducto del ministerio de lord Lauderdale, en 1814 al tratar en Chatillon por conducto del ministerio de lord Castlereagh, á todas luces era una resolucion falta de dignidad, y segun se verá despues hasta de verdadera prudencia. En este siglo que á tantos principes hemos visto pasar del trono al destierro, del destierro al trono, cualquiera que al hablar de Luis XVIII ó de Carlos X despojados de la corona, se atreviera á negarles el título real, sin duda fuera acusado de ultrajar á augustos infortunios. Verdad es que estos principes herederos legitimos de una larga serie de reyes figuraban como representantes de lo más respetable que hay en el mundo, la posesion antigua y aun secular muchas veces. Pero el genio, por supuesto á la altura á que en Napoleon se habia manifestado, era un título no menos respetable, y los soberanos que de este título habian sacado la excusa de su humildad ante el emperador de los franceses, del anhelo por conseguir su alianza, por mezclar la sangre de ellos á la suya, en mala situacion se hallaban para negar su valor moral ahora, y no queriendo reconocer en Napoleon más que la fuerza brutal y afortunada por un instante, á los pueblos autorizaban para decir que tampoco ellos habian hecho más que doblarse bajamente á esta fuerza. Al negar el título de emperador al vencido de Waterloo no hacian á Luis XVIII más legitimo ni más sólido sobre el trono, al revés mermaban el prestigio inherente al carácter de la soberanía, demostrando que era cosa de azar y que se daba ó se quitaba segun los caprichos de la fortuna. Sin duda se alegrará que con negar á Napoleon sus títulos no se hacia sino cas-

tigarle con meros sufrimientos de amor propio, que no tienen derecho de interesar á la posteridad, y acaso de los cuales fuera digno de su persona manifestarse indiferente. A la verdad, si la intencion de humillarle no hubiera sido notoria, bien se pudiera consolar de no ser ya en la lengua de los vivos más que el general Bonaparte; pero al vencido á quien se trata de humillar se le impone el deber de resistir á la humillacion, y además, negando á Napoleon las calificaciones con que tenia costumbre de ser designado, se daba margen á incesantes disputas, que debian aumentar los rigores del cautiverio, y hacer pesar sobre la memoria de los ministros británicos un cargo de persecucion, que no ha dejado de mortificar á sus hijos, porque, despues de extinguidas las pasiones de una época determinada, nadie querria haber ultrajado al genio.

A consecuencia de estas resoluciones decidióse que Napoleon seria calificado con el simple título de general y considerado como prisionero de guerra; que seria desarmado, y desarmados serian igualmente los oficiales de su comitiva; que para acompañarle no se le concederian más que tres de ellos, con exclusion del general Lallemand y del duque de Rovigo, á quienes se reputaba como peligrosos; que se registrarían sus efectos y los de sus acompañantes, y se les quitaria el dinero, la vajilla, las alhajas de que fueran portadores, con el fin de privarles de cuanto pudiera facilitar una evasion; que inmediatamente serian conducidos á Santa Elena, donde Napoleon se podria mover dentro de un espacio determinado, bastante extenso para que el paseo á caballo fuera posible, y que por

un oficial seria seguido, si queria traspasar aquel espacio. Bueno es repetir que sin duda todas las precauciones enderezadas á impedir que se evadiera el cautivo ilustre eran de derecho, y justo castigo del sobresalto que causaba al mundo; pero de inútiles indignidades se resentian las de despojarle del título con que por la posteridad será conocido, registrar sus efectos, contarle sus compañeros de destierro y quitarle su espada. ¿Qué podian realmente con ser tres, cuatro ó seis? ¿Qué podian con sus espadas y con algunos miles de luises escondidos en sus bagajes? ¡Ah, que no era lo que habia que pedir á Napoleon su espada, de que nunca hizo uso, sino su genio, y puesto que no se le podia arrancar más que dándole muerte, segun Blücher habia querido, y no se atrevian á querer los ministros de la libre Inglaterra, y no se atreviera á mandarlo ningun soberano de Europa, menester era encadenarle, y encadenarle en beneficio del reposo universal, aunque sin agravar inútilmente el peso de sus cadenas, y sobre todo sin añadir inalicables ultrajes!

Además resolvióse que, siendo el *Belerosfonte* demasiado viejo para una travesía larga, se transbordara á Napoleon al *Northumberland*, excelente navío de alto bordo; que le escoltara una division compuesta de buques de diferentes portes; que el almirante Cockburn la llevara bajo su mando, y tuviese á cargo el primer establecimiento que se hubiera de habilitar para recibir á los prisioneros en Santa Elena. Al almirantazgo se recomendó que para la ejecucion de estas órdenes solo emplease el tiempo absolutamente necesario de estar el *Northumberland* en disposicion de hacerse á la vela,

á causa de lo incómodo de tener en la bahía de Plymouth un objeto de curiosidad apasionada, y lo apremiante de sacar de tal embarazo á Inglaterra y á Europa.

Apenas adoptadas estas resoluciones, á Plymouth fueron transmitidas, con órden á lord Keith de comunicárselas á aquel á quien eran concernientes. Ya por los periódicos habia llegado el rumor de ellas, sin que sorprendieran á Napoleon de ningún modo, pues no esperaba ser tratado como un príncipe inofensivo. Pero este rumor causó honda pena á sus compañeros de desgracia, que se veían así condenados á separarse de su persona, ó á enterrarse vivos en el sepulcro de Santa Elena. Presentándose lord Keith á bordo del *Belerofonte*, asistido por Bunbury, subsecretario de Estado, á Napoleon dió lectura de las resoluciones adoptadas respecto de su persona. Con frialdad y dignidad oyó Napoleon dicha lectura, y luego de terminada, sin enojo, si bien con energía, á lord Keith enumeró las razones que le asistían para protestar contra las decisiones del gobierno británico. Así manifestó que no era prisionero de guerra, pues de voluntad propia se habia trasladado á bordo del *Belerofonte*; que ni aun le habia constreñido la necesidad á obrar de esta suerte, pues le fuera muy fácil lanzarse en medio de las filas del ejército del Loira, y prolongar indefinidamente la guerra; que, aun renunciando á prolongarla del todo, para entregarse bien pudo elegir entre sus enemigos á otra potencia que Inglaterra; que si se abandonara al emperador Alejandro, su amigo personal por largo tiempo, ó al emperador Francisco, su suegro, ni uno ni otro le trataran de modo se-

mejante; que se habia rendido para poner término á los males de la humanidad, y por estimacion á Inglaterra habia llegado á pedirle asilo; que á la sazón no justificaba el honor de haberle dado la preferencia, y que la conducta que observaba al presente respecto de un enemigo desarmado, no añadiría timbres en lo porvenir á su gloria; que de consiguiente protestaba contra la infraccion del derecho de gentes cometida en su persona; que á la misma nacion inglesa apelaba de los actos de su gobierno, y sobre todo á la historia, que juzgaria severamente de proceder tan poco generoso. Napoleon tuvo á menos tratar de los puntos relativos á su residencia futura, ni del trato que recibiria en ella, y despidió á lord Keith con la altivez adecuada á su grandeza, no dependiente de los caprichos de la fortuna, ni de la violencia de sus enemigos.

Sin embargo, hondamente sensible fué á los indignos pormenores añadidos á esta sentencia de detencion perpétua, pronunciada en su contra. Sobrado perspicaz era para no reconocer que esta detencion era un derecho y una necesidad de Europa, si bien le dolían al vivo las humillaciones gratuitas con que se agravaba su cautiverio; tales como las de pensar en despojarle de su espada, de su título soberano y de algunos restos de su naufragio. No dijo nada, pero resolvió no prestarse á los tratamientos indignos de que se le hiciera objeto, aun cuando hubiese de llegar á las últimas extremidades. Su primer designio fué tomar uno de esos nombres prestados que los soberanos adoptan á veces para simplificar sus relaciones. Así tuvo la idea de tomar el título de coronel Muiron, en me-

moria de un oficial bizarro, muerto en el puente de Arcola, al cubrirle con su cuerpo. Mas desde que se le disputaba el título que Francia le había dado, y Europa le había reconocido, y su gloria había legitimado, ya no quería facilitar á sus enemigos la tarea de humillarle, ni dejar que su consentimiento quitara validez al derecho que tuvo Francia para elegirle por su gefe. Así persistió en calificarse de emperador Napoleon al modo que antes; y resuelto estaba además á atravesar con su espada el cuerpo del que se presentara á arrancársela de las manos.

Cuando volvió á ver á sus compañeros de desgracia, despues de estas comunicaciones, les habló con calma, y les instó vivamente á que para el partido que hubiesen de adoptar ante todo consultaran sus intereses de familia y sus afecciones. A todos hallóles decididos á seguirle adonde quiera que fuese trasladado, y bajo las condiciones que impusiera el odio suspicaz de los vencedores de Waterloo. Sobremanera sintió la exclusion pronunciada respecto del general Lallemand y del duque de Rovigo, pero no habia lugar á disputas; y así el gran mariscal Bertrand, el conde de Montholon y el general Gourgaud fueron los designados. Su derecho de elegir ya quedó ejercido con tales designaciones, pues se habian de limitar á tres sus compañeros de destierro. Se subentendia que no entraban en cuenta las mujeres con su prole, y que podrian ir en union de sus maridos, y aumentar así la pequeña colonia que seguiria á Napoleon á su destierro. Sin embargo, entre los personajes que le habian acompañado á Inglaterra, se contaba uno á quien profesaba estimacion gran-

de, á pesar de ser reciente su conocimiento, y era Mr. de las Cases, varón muy instruido, de conversacion amena, muy versado en el inglés, y que podia ser de suma utilidad mas allá de los mares, como antiguo oficial de marina. Mucho deseaba Napoleon llevarle consigo á Santa Elena, y por su parte se hallaba pronto á seguir á Napoleon á cualquier punto. Se aprovechó de la circunstancia de que al limitar las órdenes británicas á tres el número de sus compañeros de destierro, no habian hecho mención mas que de militares, para admitir bajo el título de empleado civil á Mr. de las Cases. Además se le concedieron un médico y doce criados. Ya arreglados estos pormenores, se dispuso todo para acelerar la partida.

Tan luego como el *Northumberland*, equipado á toda prisa, se pudo hacer á la vela, dirigido fué á la rada de Start Point, donde le aguardaba el *Belerosfonte*, expuesto á crudísimo temporal sobre sus anclas. Constantemente aplicado á templar en la ejecucion el rigor de las órdenes ministeriales, lord Keith reservó para el momento de la partida de Europa el cumplimiento de las mas penosas providencias, tales como el desarme de las personas y el registro de sus equipajes. A cuantos ceñian espada se les pidió entonces, y un agente de aduanas registró sus efectos, y tomó en calidad de depósito el dinero y en general todos los objetos de alguna valia. El fiel Marchand, ayuda de cámara de Napoleon, que con su educacion esmerada y su adhesion sencilla y modesta le prestó despues tan buenos servicios, ahora habia tomado las mas hábiles precauciones para conservarle algunos recursos. Al antiguo soberano del mundo no le habian que-

dado mas que los 4.000.000 de francos depositados secretamente en casa de Mr. Lafite, 350.000 en oro, y el collar de diamantes que le habia obligado á admitir la reina Hortensia. Este collar fué confiado á Mr. de las Cases, que lo ocultó dentro de un cinto; entre los criados se distribuyeron los 350.000 francos en oro, á fin de que los escondieran bajo sus vestidos, excepto 80.000 dejados de manifiesto, y tomados en depósito por el agente de aduanas. Como la indignidad de los procedimientos no llegó al extremo de registrar á las personas, ninguno de los objetos escondidos fué descubierto; inventariados quedaron los demás para entregárselos á los prisioneros á medida de sus necesidades. Cumplidas estas formalidades tristes, se transbordó á los prisioneros en los botes de la escuadra, y acercándose el capitán Maitland respetuosamente, se despidió de Napoleón de modo que sus frases le llegaron al alma. Aun cuando, en su deseo de atraer á Napoleón á bordo del *Belerofonte*, quiz el capitán Maitland habia prometido mas de lo que esperaba realmente, no fué autor ni cómplice de una perfidia, y se dolía sinceramente del trato deparado al prisionero ilustre. Napoleón no le dirigió reconvencion alguna, y hasta encargóle que en su nombre diera las gracias á la tripulacion del *Belerofonte*. En el momento de pasar de uno á otro navio, con dolor visible y tono respetuoso hasta lo sumo, el almirante Keith le dirigió las palabras siguientes.—*General, Inglaterra me manda que os pida vuestra espada.*—A estas palabras respondió Napoleón con una mirada harto significativa de las extremidades á que seria preciso descender para desarmarle. Lord Keith no insistió mas, y Napo-

león conservó su espada gloriosa. Este era el momento de separarse de los que se hallaban privados del honor de ir en su compañía. Savary y Lallemand se arrojaron en sus brazos, y sumá pena les costó desasirse de ellos. Despues de recibir sus abrazos, Napoleón les dirigió estas palabras.—*Amigos míos, sed felices... ya no nos volveremos á ver nunca; pero siempre estareis presentes en mi memoria, así como cuantos me han servido. Decid á Francia que hago votos por ella.*—De seguida bajó á la falua del almirante para pasar á bordo del *Northumberland*, adonde llegó escoltado por lord Keith. Rodeado el almirante Cockburn de su estado mayor y con sus tropas sobre las armas, le recibió con todos los honores debidos á un general en jefe. Allí como en todas partes, Napoleón, á quien no quedaba ya mas que su gloria, á su sabor pudo gozar del brillo que esta gloria esparcía en rededor suyo. Aquellos marinos, aquellos soldados, sin que hicieran el menor caso de los grandes dignatarios de su nacion, le buscaban con sus ojos y le devoraban con sus miradas. Cuando le presentaron las armas, les saludó con dignidad tranquila y afectuosa. Terminado el transbordo, ya el almirante no perdió un momento para levar anclas, porque la rada no estaba segura, y porque además tenia órdenes para acelerar su partida. Inmediatamente se hizo á la vela el *Northumberland* el 8 de agosto de 1815, seguido por la fragata *Habana*, y por varias corbetas y algunos bergantines cargados de tropas. Esta division hizo rumbo hácia el golfo de Gascuña para ir á doblar el cabo de Finisterre, y declinar de seguida al Sur á lo largo de las costas de Africa. Al salir del canal de la Man-



cha, Napoleón divisó las costas de Francia, y las saludó con emoción viva, como que estaba convencido de que las veía por vez postrera. Este momento es el de la partida de turbación que aturde al corazón y al entendimiento, y no les deja en aptitud de sentir las separaciones más crueles en toda su amargura. Cuando torna la calma y se nota la soledad, entonces se hace el dolor más agudo, y se avalora del todo lo que se ha perdido, y lo que se abandona y no se volverá ya á ver nunca. Una tristeza muda y honda reipó entre el escaso número de desterrados que á la sazón empujaba la voluntad de Europa hacia otro hemisferio. Sin ostentar una indiferencia afectada, Napoleón se mostró sosegado, cortés, sensible á las contemplaciones del almirante Cockburn, que dentro de los límites de sus instrucciones se hallaba propicio á dulcificar cuanto le fuera dable el cautiverio de su prisionero glorioso. Jorge Cockburn era un viejo marino, alto, seco, absoluto, susceptible, celoso de su autoridad hasta el exceso; bien que bajo estas exterioridades repulsivas, ocultaba un corazón sumamente bondadoso, y así era incapaz de acrecentar el rigor de las ordenes de su gobierno. A bordo del navío estableció á Napoleón lo mejor que le fué posible, y trató de hacerle soportables las costumbres inglesas. Estándole vedado tratarle como emperador, le daba el título de *Excelencia*, si bien corrigiendo por medio de la forma lo que este cambio podía tener de ofensivo. A la mesa del almirante ocupaba Napoleón el lugar del general en jefe, y á su lado se hallaban distribuidos sus compañeros de destierro por el orden de su categoría. Presentados le eran á su turno los oficiales de la

escuadra convidados sucesivamente. Les recibía con benevolencia, les dirigía algunas preguntas relativas á su estado, valiéndose para intérprete de Mr. de las Cases, no manifestaba admiración ni desden respecto de lo que tenía ante los ojos, esmero ponía en elogiar lo digno de alabanza acerca del régimen observado á bordo de los buques ingleses, y sencillo, veraz y reposado aparecía en todo. Solo una cosa le había parecido incómoda de todo punto, y no lo disimuló por cierto, á saber lo largo de las comidas inglesas. Como en su actividad ardiente, estando solo, nunca había permanecido á la mesa más que algunos instantes, y no se podía resignar á pasar allí horas con los ingleses. Poco tardó el almirante en comprender que ante huésped tal fuerza era ceder de las costumbres nacionales, y así terminado el servicio, se levantaba con su estado mayor, en pie asistía á la salida de Napoleón, le ofrecía la mano si encima del puente se sentía mucho el balance producido por las olas, y de seguida volvía á continuar la vida inglesa con sus oficiales.

Entonces Napoleón se paseaba sobre el puente del Northumberland, unas veces solo, otras acompañado de Bertrand, Montholon, Gourgand, las Cases, ora silencioso, ora desahogando los sentimientos que llenaban su alma. Si tenía poca gana de conversacion, despues de pasearse un rato, se iba á sentar á la borda sobre un cañon, al cual la tripulacion toda dió el nombre de *cañon del Emperador* muy luego. Desde allí contemplaba el azulado mar de los trópicos, y se veía conducir á la tumba donde iba á sepultar su glorioso destino, como un astro al cual viera en su ocaso. Con efec-

to, ninguna duda abrigaba acerca de la suerte que le estaba deparada, y se decía que allá lejos, hacia el Sur adonde hacia rumbo su nave, no hallaría un pasajero descanso, sino la muerte después de una agonía mas ó menos prolongada. Habiendo venido á ser espectador de su propia vida, sus diversas fases contemplaba con cierta especie de asombro, acusándose ó absolviéndose alternativamente, compadeciéndose de sí mismo cual lo pudiera hacer de otro, siempre confiando en la inmensidad de su gloria, y persuadido siempre de que en los vastos horizontes de la historia del mundo, casi nada habia igual á la extraña grandeza de su destino. Por rareza salia de estos largos ensueños con amargura ó con enojo, sino impulsado frecuentemente por el espectáculo atractivo de su vida á referir sus circunstancias mas de hulto. Entonces juntaba á sus compañeros de desgracia, se dirigia á aquel cuyo rostro correspondia mejor á su impresion del momento, y se ponía á hacer la relación siempre ansiosamente escuchada de tal ó cual accion suya. ¡Cosa singular y sin embargo muy explicable la de que á la sazón se le representaran mas en la mente las dos extremidades de su carrera! O hablaba del último suceso, que retumbaba en su alma á semejanza de un sonido, cuyas vibraciones todavia no hubieran cesado, es decir, de Waterloo, ó bien traía á la memoria sus gloriosos estrenos en Italia, estrenos que cautivaron su juventud y le pronosticaron su porvenir inmenso. Si cedía á sus impresiones mas recientes y hablaba de Waterloo era para preguntarse qué habia podido extraviar á algunos de sus lugartenientes en tan fatal jornada, é inspirarles tan extra-

ña conducta. — ¿Ney, Erlon, Grouchy, clamaba, en qué pensais? — Entonces sin recriminaciones, sin descargar sus faltas sobre los otros, se preguntaba como sin orden y con dos horas de anticipacion habia podido aspirar Ney á fulminar el golpe decisivo, soltando su caballeria, y no hallaba explicacion alguna sino en la turbacion que se habia apoderado de esta alma heroica. Respecto de Erlon, tan excelente oficial de infanteria, no se explicaba su modo de presentar sus divisiones en esta jornada, sin poner en duda ni su bizarría, ni su adhesion, ni su talento. Sin tono de amargura deploraba estos errores, y si respecto de alguno se mostraba severo, solo era con Grouchy, pues á su decir las faltas de Ney y de Erlon eran reparables, á la par que la de Grouchy fué mortal del todo. No cuestionando sobre su fidelidad ni sobre su denuedo, pues no admitian duda, de inexplicable calificaba su ausencia de Waterloo, é ignorando entonces lo que hemos sabido posteriormente, se fatigaba en descubrir los motivos, sin hallarlos de ninguna manera. Entonces se lamentaba á la fatalidad, deidad silenciosa, á la cual acusan los hombres de buen grado porque no responde nunca; pero descendiendo á lo íntimo de sí mismo, harto veia que la tal fatalidad no era en suma sino la fuerza de las cosas, obrando contra las violencias á que la habia querido avasallar á todo trance. Por lo demás aparecia sinceramente persuadido de que, venidos los ingleses en Waterloo, Europa sintiera una emocion profunda, y que, aun cuando se mostrara implacable, al cabo hiciera probablemente útiles reflexiones; que en todo caso, bajo la impresion del buen suceso, los recursos que tenia preparados

bastaran para repeler sucesivamente á los austriacos, y á los rusos, y sin desconocer la gravedad de la situacion ni el agotamiento de Francia, ni el estado de Europa, con dolor repetia que la causa nacional hubiera podido triunfar á no ser por la falta de un hombre.

Sin embargo, no persistia de buen grado en este punto, y cuando se hallaba inducido á examinarlo de nuevo era bajo el imperio de impresiones demasiado recientes y poderosas para ser dominadas; á semejanza de un hombre que caido en un precipicio, no puede prescindir de indagar el paso en falso que le ha arrastrado al fondo. Muy á gusto se espaciaba en los recuerdos de sus primeros años, de su educacion en Brienne, de las muestras de genio militar ya dadas en el sitio de Tolon, de los gozos que le hicieron experimentar sus primitivos triunfos. Animadísimo entonces contaba con un encanto y una brillantez, que cautivaban á los oyentes; el antiguo origen de su familia, que se remontaba á las repúblicas de Italia, su preferencia instintiva hácia Francia, cuando la isla de Córcega era disputada por muchos soberanos; su entrada en el colegio de Brienne, su aficion al estudio, su lógica nascente, que asombraba en un niño de sus años, su taciturnidad, su orgullo, que le hizo insupportable el solo castigo que se le impuso en la escuela, su porvenir vislumbrado mas de una vez por algunos de sus maestros, su ingreso en el regimiento, sus relaciones en Valencia del Bellinardo, sus primeros amores con una jóven á quien volvió á ver tiempos adelante, y á la cual tuvo la satisfaccion de sacar de una situacion apurada, su llegada delante de Tolon, y allí el principio de los

gozos de la gloria, cuando rodeado de convencionales violentos, y de generales ignorantes, de un golpe de vista descubrió el verdadero punto de ataque, el fuerte de Eguillette, y obtuvo licencia para su toma, y con esta maniobra determinó la retirada de los ingleses. ¡Qué de presagios felices entonces! ¡Qué de arrobadores ensueños, cien veces superados por la realidad á pesar de todo! Así, tras de dedicar las mañanas á la lectura, sobre el puente del Northumberland terminaba las tardes; ora paseándose de prisa, ora cautivando con sus narraciones á los que habian querido ser participantes de su desgracia, ó bien tendido sobre su cañon predilecto, y contemplando la estela del navío que le conducia á su última morada.

Interim transcurria el tiempo de esta suerte, se habia cruzado el golfo de Gascuña, doblado los cabos de Finisterre y de San Vicente, y tomado la direccion de las islas africanas, con viento favorable aunque flojo. Lenta era la navegacion y el calor extremado. Napoleón sufría de resultas, pero no exhalaba la mas leve queja. A la isla de la Madera se llegó el día 23 de agosto, y se quiso allí hacer parada con el fin de proveerse de víveres frescos; mas de pronto una violenta borrasca de viento de Africa obligó á salir otra vez al mar, para no aguantar la tormenta sobre las anclas. Tal fué que la fragata *Habana* y el bergantín *Huron* quedaron separados de la flotilla, y se vieron forzados á navegar por su cuenta. Al cabo de cuarenta y ocho horas se volvió á recalar á la isla de la Madera, para embarcar los refrescos de que se sentia necesidad suma. Maltratados los habitantes por la borrasca y supersticiosos como portugueses, á la pre-

sencia de Napoleón atribuían los daños sufridos. En su concepto era el hombre de las tempestades, que no podía aparecer en parte alguna, sin llevar la desolación consigo. Cruzados fueron los trópicos el 29 de agosto; al ecuador se tocó el 23 de setiembre, y ocioso es decir que Napoleón fué el único exceptuado de los usos á que someten las gentes de mar á cuantos pasan la línea por vez primera. No obstante les indemnizó con repartirles 300 luises, lo cual hizo que su alegría rayase en el delirio. Como los marineros del *Northumberland* no conocían á Napoleón mas que por las relaciones de la prensa inglesa, aplicada durante quince años á pintarle como un monstruo, al verle apacible, dulce y benévolo experimentaban una sorpresa creciente, y adivinando con su sencilla penetración que, por mas que estuviese refrenada, su pesadumbre era notoria, le daban mil pruebas de simpatía. Se esmeraban en tener muy limpio el cañón sobre el cual tenia costumbre de tomar asiento, y así que se acercaba á aquel punto, ellos se alejaban por respeto á su soledad y á sus meditaciones.

Napoleón habia proseguido la relación de los primeros tiempos de su vida, de su proscripción despues del 9 de thermidor, de sus conexiones con los gefes del Directorio, de las explicaciones que, al entregarles los despachos llegados de los ejércitos les daba cotidianamente, de la opinión que les hizo formar acerca de su inteligencia en cosas de guerra, del impulso general que les movió á conferirle el mando de París en la jornada de vendimiario, de su nombramiento para el mando del ejército de Italia á los pocos meses, de su aparición en Niza y en medio de antiguos generales, ce-

los de su elevacion al pronto, si bien subyugados muy luego, al ver que por efecto de un prodigio de habilidad se situaba entre los piemonteses y los austriacos, y lanzaba hacia Turin á los unos, y hacia Génova á los otros, y cruzaba el Po, y se establecia junto al Adige, permaneciendo allí invencible durante un año para los ejércitos de Austria. Se le veia revivir y tornaría sus veinte y seis años é inflamarse con el fuego de la juventud, al hacer estas relaciones arrobadoras. ¡Y cosa bien singular por cierto! Mientras experimentaba un verdadero gozo en contar de viva voz sus maravillosas acciones, y en proporcionarse de este modo una especie de espejo, que hiciera relucir los tiempos de su juventud á sus propios ojos, lo que es á escribir las no sentia inclinacion alguna, muy al revés de lo que semejaba dispuesto á poner por obra al tiempo de su marcha á la isla de Elba. Por aquella época, al tiempo de abandonar á Fontainebleau, la idea de escribir su vida, á semejanza de tantos otros varones eminentes, se le apareció de súbito como un postrer objeto, no indigno de su persona. Por el contrario, ahora no parecia que le interesara su gloria, ni la de sus compañeros de armas. Y es que habia cambiado mucho desde la isla de Elba, descendiendo enormemente hacia el abismo, donde se debia hundir y acabar su destino asombroso. Nuevo era para su persona en la isla de Elba el contacto de la desgracia, de producía excitacion sin conducirle al abatimiento, pues en lo íntimo de su alma y aunque no á sabiendas abrigaba una última esperanza. ¡Pero qué porvenir podia ya aguardar tras la aparición del 20 de marzo y despues de Waterloo?—Aun cuando lograse romper las cade-

nas, con que los ingleses habían cargado sus manos y el vasto Océano cruzara despues sano y salvo. ¿Dónde iría á desembarcar solo sin tener, si quiera un puñado de valientes que le ayudasen á saltar en tierra? Y Francia, que le habia acogido entonces, se querria prestar á un tercer ensayo, cuando el segundo habia resultado tan desastroso? Por largo tiempo se defiende el alma humana antes de deponer toda esperanza, y casi no hay ejemplo en la historia de un alma grande, en que la esperanza se haya extinguido por completo. Mario sobre las ruinas de Cartago, Pompeyo despues de Farsalia, Anibal despues de Zama, todavia esperaban y no sin fundados motivos. Pero despues de Waterloo, ¿qué podia ya esperar Napoleon de su fortuna? Así jamás hubo desaliento que igualara al suyo, y si ocultaba la nada de su vida á sus fieles servidores, lo sentia hondamente, y en tal estado se hallaba incapaz del trabajo requerido por una composición grande. De viva voz muy bien podia referir su historia, cuando, excitado por la vivacidad de sus recuerdos, no tenia más que ceder á su natural elocuencia, pero componerla y precisarla y escribirla en suma demandaba un esfuerzo, para el cual no tenia valor ni aun gusto. Renunciando para siempre á figurar en la escena del mundo, al parecer se mostraba indiferente respecto del modo de figurar ante la posteridad. A menudo, arrebatados despues de haberle oido sus compañeros del destierro le instaban á escribir lo que acababa de expresar con tanta magia y tanto fuego. Gourgaud, las Cases, Montholon, Bertrand le suplicaban que tomara la pluma, se brindaban á llevarse la por sí mismos en caso necesario, á es-

cribir casi con tanta velocidad como hablara bajo su ilicido caloroso, y dar al final de su vida este noble y último empleo; mas se resistia cual si no mereciera un esfuerzo ni aun su gloria, y se expresaba de este modo. — Que se componga la posteridad como pueda, y busque la verdad, si desea su conocimiento. Llenos estan los archivos del Estado. Allí encontrará Francia los monumentos de su gloria, y si se muestra celosa de ella, que se dedique á preservarlos del olvido. — Luego, brotando de pronto de su alma atetargada una llama de orgullo, Napoleon exclamaba de esta suerte: Yo tengo confianza en la historia; antes tuve numerosos aduladores, y el momento actual corresponde á mis detractores encarnizados. Pero la gloria de los hombres célebres se halla expuesta como su vida á varia fortuna. Dia vendrá en que el solo amor á la verdad anime á escritores imparciales. En mi carrera se notarán faltas sin duda; pero Arcola, Rivoli, las Piramides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, *eso es granito, y ahí no puede hinchar su diente la envidia.* — Así Napoleon cifraba una inmensa confianza en la historia, aun en el seno de la profunda aunque tranquila desesperación, que constituia el estado actual de su alma. Sin embargo se le decia que la historia necesitaba esclarecimiento; que solo por sí podia satisfacer esta necesidad; que de otro modo se desvaneceria una parte de sus grandes ideas; que este seria un noble y útil empleo de su actividad poderosa, y que además le ayudarian todos á erigir este magífico monumento. Poco á poco, á fuerza de ver las mismas exhortaciones, y sobre todo á fuerza de desaliento, al fin vino á tener afición á algo, porque

el alma humana ó abandona la tierra, ó si continúa aquí abajo acaba por adherirse á algun objeto, y puede experimentar un último placer en regar plantas ó componer relojes, como lo hicieron los emperadores Diocleciano y Carlos V. De consiguiente Napoleón se avino á tornar á emprender la tarea que tenía pensada al tiempo de partir hacia la isla de Elba. No pudiendo dominar la impetuosidad de su espíritu hasta obligarle á seguir los movimientos demasiado lentos de su mano, ó no se sentía capaz de escribir, ó trazaba caracteres ilegibles. Así decidióse á dictar comenzando por las campañas de Italia, para las cuales se valió de la pluma de Mr. de las Cases. Su proyecto estribaba en distribuir las diversas partes de su historia entre sus compañeros de destierro, para que todos participasen del honor de este trabajo, y tuviesen tiempo de revisarlo y ponerlo en limpio. Sin embargo, oprimido por los recuerdos de Waterloo, y necesitando dar á su corazón algun alivio, se determinó á dictar al general Gourgaud la relacion de la campaña de 1815, y al punto dió principio á esta parte de su tarea. No le faltaba tiempo de ningun modo, pues la navegacion se habia alargado á causa de los mismos esfuerzos del almirante para que fuese mas corta. Según el estado del arte náutico por entonces, una vez cruzado el Ecuador se cedía á los vientos alisios hasta la inmediacion de las costas del Brasil, y descendiendo luego al Sur se trataba de encontrar vientos variables del Oeste, para recaer sobre Santa Elena. Con prisa de llegar, más por su huésped que por sí propio, al almirante Coëkbar le ocurrió seguir otro rumbo, manteniéndose cerca de las costas africanas y metién-

dose hacia el golfo de Guinea á veces se encuentran vientos variables del Oeste, que empujan hacia Africa, y despues del Este, que en popa llevan los bajeles á Santa Elena. De consiguiente el almirante adoptó este derrotero, que al pronto le salió á maravilla, pues metióse en el golfo de Guinea hasta ya tocar cerca del Congo. Allí sufrió tormentas, un calor sofocante, y lentitudes, que hasta entre su tripulacion excitaron murmuraciones. Su tiempo empleaba en dictar Napoleón, para quien no tenia interés el que la navegacion acabara pronto, pues á sus ojos no era más que pasar de una prision á otra. Todas las mañanas pasaba con monsieur de las Cases ó con el general Gourgaud, dictándoles ora las campañas de Italia, ora la campaña de 1815. Estos señores no se atrevian á interrumpirle lo más leve, le seguian la palabra lo mejor que les era dable, y luego se retiraban para copiar en caracteres legibles lo que dictado habian cogido por decirlo así al vuelo. A Napoleón se lo presentaban al dia siguiente, y lo revisaba con atencion suma, ora compendiando lo que habia salido muy extenso, ora amplificando lo que resultaba demasiado sucinto, y poniendo grande esmero en la correccion de estilo, á la cual se hizo por extremo sensible con los años. Solo una cosa le contrariaba en la série de su tarea, y era la falta de documentos á que recurrir, ora para las fechas, ora para ciertos pormenores. A semejanza de todos los que han dado cima á muchas cosas, y tienen que retener mucho, á veces se equivocaba sobre la fecha de los sucesos, y los invertia en ocasiones, si bien muy contadas. Pero sobre el carácter de los hechos, sobre su importancia, sobre los lugares,